

“SOBRE EL NIHILISMO”

Friedrich Nietzsche

Selección de textos, traducción e introducción de Jaime Sologuren L.

“El nihilismo está a la puerta: ¿de dónde nos viene éste, el más inquietante de todos los huéspedes?”.
(“La voluntad de poder”. Para el plan I.).

Para la presente traducción hemos utilizado la edición Schlechta, en tres volúmenes (que además comprende un cuarto volumen que es un Nietzsche —Index) publicada por Carl Hanser Verlag, München (1966). Y para los aforismos de “*La voluntad de poder*” la edición establecida por A. Baemler y publicada por Alfred Kröner Verlag, Stuttgart (1964).

Hemos recurrido a la edición Kröner para la traducción de los aforismos de “*La voluntad de poder*” porque, aún cuando el libro que lleva este título no es un libro que haya escrito ni publicado Nietzsche (si bien es cierto que todo lo que se encuentra en él fue escrito por Nietzsche; y también que los editores —su amigo Peter Gast y su hermana Elisabeth Förster —Nietzsche —ordenaron los aforismos que constituyen la obra basándose en el plan del 17 de Marzo de 1887 esbozado por el propio Nietzsche, los textos pertenecen a muy diferentes años y no es probable que Nietzsche los hubiera publicado tal como los conocemos ahora), todos los autores (incluso Heidegger) siguen, sin embargo, citando según esta edición y no por la edición Schlechta (que si se quiere es más fiel, ya que presenta los textos tal como se han encontrado y tal como los habría escrito cronológicamente Nietzsche; por tanto retrotrae la situación a antes de la arbitrariedad de sus primeros editores).

Debemos hacer notar que si todos los textos que aquí se presentan traen directa o indirectamente del nihilismo, el primero de ellos que hemos puesto al frente de los demás, constituyen —como lo ha mostrado Heidegger —la más extrema contraposición al nihilismo en cuanto historia de la desvalorización de

los valores supremos que llegan hasta ahora; y es más bien la posibilidad del descubrimiento de un nuevo principio de valoración que hará posible la superación del nihilismo; superación que se realizará como transmutación de todos los valores anteriores, en base al principio que es nuevo en el sentido de que recién ahora se lo reconoce y se lo sabe fundamento y posibilidad de toda valoración, sea ésta anterior o futura. Pero en Nietzsche se da una inquietante ambigüedad, ya que él sigue llamando nihilismo a la salida del mismo.

Ahora, bien, en cuanto a la elección de los textos se podría afirmar que faltan o sobran textos y, en verdad, en ambos casos se tendría razón. Pero creemos que no es esto lo que puede hacer cuestionable la elección efectuada aquí, sino más bien, que estos aforismos por su dramatización (en el caso de los relatos de *“Los prisioneros”* y de *“El hombre frenético”*) como por su concisión y carácter fragmentario (en todos los demás), difícilmente podrán entenderse si no se posee una perspectiva de interpretación adecuada. Esto es verdad, sin embargo, aquí no podemos proporcionar esos elementos para la interpretación (lo que dejaremos para un escrito posterior) y nos limitaremos a dar algunas indicaciones exteriores mínimas y sin ninguna justificación.

Hay que decir, en primer lugar, que con respecto a la interpretación del problema del nihilismo —como también del pensamiento total de Nietzsche— los aportes más importantes son los trabajos de Martin Heidegger. Sus ensayos más relevantes al respecto son: *“Nietzsche”* (2 volúmenes) aún no traducido al español: *“La frase de Nietzsche ‘Dios ha muerto’ ”* en *“Holzwege”*; la primera parte de *“¿Qué significa pensar?”*; *“Sobre la cuestión del ser”*; y en *“Vorträge und Aufsätze”*: *“¿Quién es el Zaratustra de Nietzsche?”*, como también en la misma obra: *“Superación de la metafísica”*, que es un ensayo decisivo para entender la relación de Nietzsche con la esencia y dominio de la técnica. Por lo demás este pensador ha citado y trabajado casi todos los textos que aquí se presentan, muy especialmente dos: *“El hombre frenético”* en *“La frase de Nietzsche ‘Dios ha muerto’ ”*; y el aforismo 12 de *“La voluntad de poder”*, cuya interpretación da lugar a un capítulo de 250 pgs. titulado *“El nihilismo europeo”* que forma parte de su magna obra *“Nietzsche”*. Pero si para el diálogo y contraposición pensante de Heidegger con el último metafísico de Occidente son suficientes unos pocos textos o algunas frases (e incluso tres palabras del Zaratustra: *“el desierto crece...”*), aquí se estaría dando razón a los que opinen que en esta traducción sobran textos; pero igualmente nadie podría negar que en ella faltan textos, ya que deberían figurar algunos textos del Zaratustra, como también algunos aforismos póstumos no incluidos en *“La voluntad de poder”*.

Volviendo a la enumeración de los principales trabajos sobre el tema, habría que tener presente que en los últimos años se han publicado en Francia

tres obras que es preciso considerar para el estudio de Nietzsche. Ellas son: el libro de Deleuze "*Nietzsche et la Philosophie*", (Presses Universitaires de France 1962) (lo mejor del cual es su análisis de la "*Genealogía de la moral*"); el libro de Klossowski "*Nietzsche et le cercle vicieux*" (Mercure de France, 1969), y por último el libro de Jean Granier "*Le probleme de la Verité dans la philosophie de Nietzsche*" (Editions du Seuil, 1966).

Naturalmente que el remezón nietzscheano en Francia no se reduce a estas tres obras, sino que en cuanto que "*en su luz y sombra todo contemporáneo nuestro piensa y crea con su 'a favor de él' o 'contra él'*" (Heidegger), Nietzsche está presente tanto en la meditación de Bataille, como de Beaufret, Foucault, Derrida, Deleuze y Axelos.

No obstante la importancia de los autores citados, difícilmente pueden eludir ellos y nosotros la labor heideggeriana, ya que este pensador ha sido el único capaz de exponerse a la luz y la sombra de Nietzsche o quizá, más bien, pensando y creando '*a favor de él*', —que siempre en último término es un '*en contra de él*', sin dejar de ser un '*a favor de*' —a hecho posible que aparezca algo así como una luz y sombra nietzscheana para el hombre contemporáneo, que es ineludible para los demás intérpretes. Y esto, porque dejando al señor Nietzsche, ha visto el pensador Nietzsche en el todo de la historia de Occidente (que para Heidegger es la historia del ser), consumando esta historia y llevando así a la metafísica a sus últimas posibilidades con su único pensamiento de la voluntad de poder, que es uno con el pensamiento del eterno retorno. Después de lo cual, ya no le quedan a la metafísica otras posibilidades y está acabada, porque está en obra en el dominio planetario de la técnica sustentado por ella. Lo cual no significa el fin del pensar sino su emigrar a otro comienzo.

¡Sorprendente interpretación ésta de Heidegger! . Como también es sorprendente ver, al mismo tiempo, en este final de la filosofía lo decretado por Marx en su tesis doctoral (1), según el cual "*...el devenir —filosofía del mundo (es) al mismo tiempo un devenir —mundo de la filosofía, que su realización (es) a la vez su pérdida... (das Philosophisch —Werden der Welt zugleich ein Weltlich —Werden der Philosophie, dass ihre Verwirklichung zugleich ihr Verlust..*" ; "*Aus der Doktordissertation (1840); b. Die Philosophie nach ihrer Vollendung*". Karl Marx. "*Die Frühschriften*", Kröner, pag. 17). Pero tal vez el estado actual de los problemas del hombre contemporáneo nos reserve esta sorpresa de tener que pensar a los "*filósofos*" decisivos no enfrentándose unos a otros, sino en la amable disputa por la "*cosa misma*".

(1) Ver: Kostas Axelos, "VERS LA PENSÉE LA PLANÉTAIRE" Les Editions de Minuit.

Toda la belleza y sublimidad que hemos prestado a las cosas reales e imaginarias quiero reivindicarlas como propiedad y producto del hombre: como su más bella apología. El hombre como poeta, como pensador, como Dios, como amor, como poder: ¡ah su regia generosidad con que ha obsequiado a las cosas para empobrecerse y sentirse miserable! . Esto fué hasta aquí su más grande desinterés; que él admiraba y adoraba y sabía ocultarse que él era quien ha creado lo que admiraba.

(*“La voluntad de poder”*. af. 134a.).

Mi filosofía **platonismo invertido**: cuanto más lejos de lo verdaderamente ente, tanto más puro, más bello, mejor es. La vida al parecer como meta.

(IX, 190, años 1870/71 citado por Heidegger).

Los prisioneros.- Una mañana los prisioneros salieron al patio de trabajo: el guardián estaba ausente. Algunos se pusieron inmediatamente a trabajar, como era su costumbre; los otros permanecieron inactivos y miraban en torno suyo en forma desafiante. Entonces uno de ellos se adelantó y dijo en voz alta: *“Trabajad tanto cuanto queráis o no hagáis nada; es completamente indiferente. Vuestras maquinaciones han quedado al descubierto; el carcelero os ha espiado últimamente y en los próximos días va a publicar un juicio terrible sobre vosotros. Ya le conocéis, es duro y rencoroso. Ahora bien, escuchad lo que os voy a decir: hasta ahora me habéis ignorado, yo no soy lo que parezco, sino mucho más. Yo soy el hijo del carcelero y tengo influencia total sobre él. Puedo salvaros y voy a salvaros. Pero, ¡bien entendido! sólo salvaré a aquellos de vosotros que crean que soy el hijo del carcelero. Que los demás recojan los frutos de su incredulidad”*. “Pues bien”, dijo uno de los prisioneros más viejos, después de algún silencio, *“¿qué te puede importar si te creemos o no?”*. Si eres realmente el hijo y puedes hacer lo que dices, intercede en favor de nosotros: sería realmente bastante bondadoso de tu parte. ¡Pero deja a un lado las habladurías sobre la fe y la incredulidad!”. “Y yo ni siquiera le creo”, interrumpió uno de los más jóvenes. *“A él sólo se le ha metido esa idea en la cabeza. Apuesto que dentro de ocho días nos encontraremos todavía aquí, exactamente como hoy, y que el carcelero no sabe nada”*. “Y si él ha sabido algo, ya no lo sabe”, dijo el último de los prisioneros que recién ahora bajaba al patio, *“el carcelero acaba de morir repentinamente”*. “Holá, vociferaron varios prisioneros, *“¡holá! Señor hijo, señor hijo, ¿qué hay de la herencia? ¿Somos tal vez ahora tus prisioneros?”*. “Ya os lo he dicho”, replicó dulcemente el apostrofado, *“pondré en libertad a todos aquellos que crean en mí, lo afirmo con tanta certeza como que mi padre vive aún”*. Los prisioneros no rieron, pero se encogieron de hombros y lo dejaron.

(“El viejo y su sombra”. af. 84).

El hombre frenético. (Der tolle Mensch). ¿No habéis oído hablar de aquel hombre frenético que en plena mañana encendió una linterna, corrió al mercado (plaza pública) y gritaba sin cesar: “*¡Busco a Dios! ¡Busco a Dios!*” Como precisamente allí estaban agrupados muchos de aquellos que no creían en Dios, él provocó una gran risa. ¿Entonces se ha perdido? dijo uno. ¿Se ha extraviado como un niño? dijo otro. ¿O permanece oculto? ¿Nos tiene miedo? ¿Se ha ido en barco? ¿Emigró? así gritaban y reían sin distinción. El hombre frenético saltó en medio de ellos y los traspasó con su mirada. “*¿hacia dónde se ha ido Dios? gritó, ¡voy a decíroslo! ¡Nosotros lo hemos matado, vosotros y yo! ¡Todos nosotros somos sus asesinos! ¡Pero cómo hemos hecho esto? ¿Cómo pudimos vaciar el mar? ¿Quién nos dió la esponja para borrar todo el horizonte? ¿Qué hicimos cuando desencadenamos a esta tierra de su sol? ¿Hacia dónde nos movemos nosotros? ¿Lejos de todos los soles? ¿No caemos continuamente? ¿Y hacia atrás, hacia un lado, adelante, hacia todos los lados? ¿Existe todavía un arriba y un abajo? ¿No erramos como através de una nada infinita? ¿No nos aspira el espacio vacío? ¿No hace más frío? ¿No viene continuamente la noche y más noche? ¿No tendrán que ser encendidas linternas en la mañana? ¿No oímos todavía nada del bullicio de los sepultureros que entierran a Dios? ¿No olemos todavía nada de la descomposición divina? ¡también los dioses se descomponen! ¡Dios está muerto! ¡Dios permanece muerto! ¡Y nosotros lo hemos matado! ¿Cómo nos consolaremos nosotros, los más grandes asesinos entre todos los asesinos? Lo más sagrado y poderoso que poseía hasta ahora el mundo, se ha desangrado bajo nuestros cuchillos —¿quién puede limpiarnos esta sangre? ¿con qué agua podríamos lavarnos? ¿qué fiestas expiatorias, qué juegos sagrados tendremos que inventar? ¿No es la grandeza de esta hazaña demasiado grande para nosotros? ¿No tendremos nosotros mismos que convertirnos en dioses para parecer dignos de ellos?. Nunca existió una hazaña más grande —y quienquiera que nazca después de nosotros pertenece, a causa de esta hazaña, a una historia más alta que toda la historia pasada”.*

Aquí calló el hombre frenético y miró nuevamente a sus oyentes: también ellos callaban y le miraban extrañados. Finalmente lanzó su linterna al suelo, la cual saltó en pedazos y se apagó. “*Vengo demasiado temprano, dijo entonces, no es mi tiempo aún. Este enorme acontecimiento está todavía en camino y mar-*

cha –no ha llegado aún hasta los oídos de los hombres. El relámpago y el trueno necesitan tiempo, las acciones necesitan tiempo, también después de haber sido hechas, para ser vistas y oídas. Esta hazaña les es todavía más lejana que el más lejano de los astros – ¡y, sin embargo, ellos lo han hecho! ”. Se contaba aún que el loco habría penetrado el mismo día en diferentes iglesias y allí habría entonado su Requiem aeternam deo. Al expulsársele e interrogársele, habría respondido siempre sólo esto: “¿Qué son pues todavía estas iglesias, si no son las sepulturas y monumentos fúnebres de Dios? ”.

(“El gay saber”. af. 125).

Lo que tiene que ver con nuestra alegría. El más grande acontecimiento moderno —que “*Dios ha muerto*”, que la creencia en el Dios cristiano ha llegado a ser poco digna de fé —comienza ya a proyectar sus primeras sombras sobre Europa. Cuando menos para los pocos cuyos ojos, cuyo recelo en los ojos es suficientemente fuerte y fino para este espectáculo, parece precisamente que algún sol se ha puesto, que una vieja y profunda confianza se ha invertido en duda: a ellos les debe parecer nuestro mundo día a día más vespertino, más de desconfiar, más ajeno, “*más viejo*”. Pero se puede decir que en lo esencial el acontecimiento mismo es tan grande, tan lejano, tan aparte de la comprensión de la mayoría, como para que se pudiera declarar siquiera que la noticia haya llegado ya, menos aún que muchos sepan lo que en el fondo ha sucedido; y todo lo que desde ahora tendrá que hundirse —después que esta creencia haya sido socavada —por haber estado basado, respaldado y enclavado en ella: por ejemplo toda nuestra moral europea. Esta larga y profusa sucesión de rupturas, destrucciones, hundimientos y subversiones que se aproximan ahora: ¿quién la adivinaría hoy lo suficiente para tener que ser el maestro y el anunciador de esta enorme lógica de terror, el profeta de un ensombrecimiento y un eclipse solar tales como probablemente nunca ha habido hasta ahora en la tierra? ... Incluso nosotros mismos, adivinadores de enigmas por nacimiento, que en cierto modo aguardamos sobre las montañas, puestos entre hoy y mañana y tendidos por la contradicción entre hoy y mañana, nosotros primogénitos y prematuros del siglo que viene, que ahora ya deberíamos percibir las sombras que inmediatamente tienen que envolver a Europa: ¿cuál es la causa de que incluso nosotros esperemos la subida de este ensombrecimiento sin un verdadero interés y sobre todo sin cuidado ni temor por nosotros mismos? ¿Estaremos todavía demasiado afectados por las consecuencias más inmediatas de este acontecimiento —consecuencias que no son para nosotros, al contrario de lo que tal vez pudiera esperarse, nada triste ni obscuro, sino más bien como una nueva clase de luz, de felicidad, de aligeramiento, de diversión, de reanimación, de aurora... En efecto, nosotros filósofos y “*espíritus libres*” con la noticia de que el “*viejo Dios ha muerto*” nos sentimos como iluminados por los rayos de una nueva aurora; nuestro corazón rebosa de gratitud, asombro, presentimiento, expectación. Finalmente nos parece el horizonte nuevamente libre, incluso en el caso que él no esté claro, pueden nuestras naves por fin hacerse a la

mar, hacerse a la mar a todo riesgo; toda hazaña de los hombres del conocimiento está permitida nuevamente; el mar, **nuestro** mar yace nuevamente abierto, tal vez no ha habido nunca aún un “*mar*” tan “*abierto*”.

(“*El gay saber*”. af. 343).

1.

...Pero que en suma el ideal ascético tanto ha significado para el hombre, se expresa en ello el hecho fundamental de la voluntad humana, su **horror vacui** : **ella necesita una meta (Ziel).**- y antes prefiere aún querer **la nada** a no querer...

28.

Si se prescindie de los ideales ascéticos : entonces no tuvo el hombre, el **animal** hombre ningún sentido hasta aquí. Su existencia en la tierra no contenía ninguna meta; “¿*para qué en suma hombre*”? —era una pregunta sin respuesta; faltaba la **voluntad** para hombre y tierra; detrás de cada gran destino del hombre sonaba como estribillo un “*¡en vano!* ” aún mayor. **Esto**, precisamente, significa el ideal ascético: que algo **faltaba**; que un inmenso **vacío** rodeaba al hombre —él no sabía justificarse a sí mismo, explicarse, afirmarse, **sufría** por el problema de su sentido. Sufría además, pues era en lo esencial un animal **enfermizo**: pero **no** era el sufrimiento mismo su problema, sino que faltaba la respuesta para el grito de la pregunta “¿*para qué sufrir?* ”. El hombre, el animal más valiente y acostumbrado a sufrir (leidgewohnteste), **no** niega por principio el sufrimiento; lo **quiere**, hasta lo busca, suponiendo, que se le muestre un **sentido** para eso, un **para** del sufrimiento. La falta de sentido del sufrimiento, **no** el sufrimiento, era la maldición que hasta ahora estaba expandida sobre la humanidad — **¡y el ideal ascético le ofrecía un sentido!** . Hasta ahora era el único sentido, algún sentido es mejor que ningún sentido; en toda consideración era el ideal ascético la “**faute de mieux**” **par excellence**, que había hasta ahora. En él era interpretado el **sufrimiento**; el enorme vacío parecía llenado; se cerraba la puerta ante todo nihilismo suicida. La interpretación —no cabe duda —acarrea un nuevo sufrimiento, más profundo, más íntimo, más venenoso, el más roedor de la vida: ella trafa a todo sufrimiento bajo la perspectiva de la **culpa**... Pero a pesar de todo —el hombre estaba con esto **salvado** tenía un sentido, de aquí en adelante no era ya como una hoja en el viento, un juguete del absurdo, del “*sin sentido*” (Ohne —Sinns), desde ahora podía **querer** algo —por lo pronto indiferentemente, hacia adónde, para qué, con qué quería: la **voluntad misma estaba salvada**. No se puede absolutamente ocultar, qué expresa

propiamente aquel completo querer que ha recibido su dirección del ideal ascético: este odio contra lo humano, más aún contra lo animal, más aún contra lo material, este horror a los sentidos, a la razón misma, el miedo a la felicidad y a la belleza, esta exigencia de apartarse de toda apariencia, cambio, devenir, muerte, deseo, de toda exigencia misma —todo esto significa, atrevámonos a comprenderlo, una **voluntad de la nada**, una repugnancia contra la vida, una rebelión contra los presupuestos más fundamentales de la vida, ipero es y permanece siendo una **voluntad!** ... Y, para decir una vez más al final, lo que dije al principio: el hombre prefiere aún querer la **nada**, a **no** querer...

(*“Genealogía de la moral”*. Tratado tercero, parágrafos 1 y 28).

El punto de vista del “*valor*” es el punto de vista de **condiciones de conservación —crecimiento** respecto a formaciones complejas de duración relativa de la vida dentro del devenir.

No hay ninguna unidad última duradera, ningún átomo, ninguna mónada: también aquí “*el ente*” es primero **metido** por nosotros (por razones prácticas, útiles, perspectivistas).

“**Formaciones de dominio**”; la esfera del dominador creciendo continuamente o bajo el favor o desfavor de las circunstancias (de la nutrición) —aumentando, disminuyendo periódicamente.

“*Valor*” es esencialmente el punto de vista para el aumento o disminución de estos centros dominadores (“*multiplicidades*” en todo caso; pero la “*unidad*” no existe de ningún modo en la naturaleza del devenir).

Los medios de expresión del lenguaje no son utilizables para expresar el “*devenir*”: pertenece a nuestra inseparable necesidad de conservación poner constantemente un mundo grosero de durables, de “*cosas*” etc.

(“*La voluntad de poder*”, af. 715).

**Nihilismo como consecuencia de la interpretación, que llega hasta ahora,
del valor de la existencia. (“La voluntad de poder”. af. 1)**

¿Qué significa Nihilismo? —Que los valores supremos se desvalorizan.
Falta la meta; falta la respuesta al “por qué”. (“La voluntad de poder”. af. 2).

El **Nihilismo radical** es la convicción de un estado absolutamente insostenible de la existencia, si se trata de los valores supremos que se reconocen; teniendo en cuenta el conocimiento (Einsicht) de que no tenemos el más mínimo derecho a plantear un más allá o un en sí de las cosas, que sea la moral “divina”, la moral misma.

Este conocimiento es una consecuencia de la “veracidad” educada; por lo tanto, incluso una consecuencia de la creencia en la moral. (“La voluntad de poder” af. 3).

¿Cuáles **ventajas** ofrecía la hipótesis moral cristiana?

- 1.- Confirió al hombre un valor absoluto, en contraste a su pequeñez y contingencia en el río del devenir y del pasar;
- 2.- Sirvió a los abogados de Dios, en cuanto **dió** al mundo la **perfección**, —incluída aquella “libertad” —el mal apareció lleno de **sentido**;
- 3.- Puso en el hombre un **saber** de valores absolutos y le dió por consiguiente, precisamente, el **conocimiento adecuado** para lo más importante;
- 4.- Impidió que el hombre se despreciara como hombre, que tomara partido contra la vida, que desesperara del conocer : era un **medio** de **conservación**.

En total: la moral fue el mayor antídoto frente al nihilismo práctico y teórico. (“La voluntad de poder”. af. 4).

Pero entre las fuerzas que crió la moral estaba la **veracidad**; ésta se vuelve finalmente contra la moral, **descubre** su teleología su consideración **interesada** —y ahora la **inteligencia (Einsicht)** de esta mendacidad largo tiempo arraigada, que uno desespera por quitarla de sí, obra justamente como estimulante. Comprueba-

mos, ahora, necesidades implantadas en nosotros por la larga interpretación moral; las cuales nos aparecen ahora como necesidades de lo no —verdadero. Por otra parte, éstas son las necesidades de las cuales parece estar suspendido el valor por cuya causa aguantamos vivir. Este antagonismo —el **no** estimar lo que reconocemos y el **no poder** estimar ya lo quisiéramos mentirnos —produce un proceso de disolución. (“*La voluntad de poder*” af. 5).

Esta es la antinomia:

En tanto que creemos en la moral, **condenamos** la existencia. (“*La voluntad de poder*”. af. 6).

Los valores supremos, a cuyo servicio debía vivir el hombre, particularmente si disponían de él muy difícil y costosamente, **estos valores sociales** se construyeron sobre el hombre con la intención de su **reforzamiento** de tono (Ton —Verstärkung), como si ellos fueran órdenes de Dios, como “*realidad*”, como mundo “*verdadero*”, como esperanza y mundo **futuro**. Ahora, cuando se hace clara la mezquina procedencia de estos valores, nos parece el universo desvalorizado, llegando a estar “*sin sentido*”, —pero esto es sólo un estado intermedio. (“*La voluntad de poder*”. af. 7).

La consecuencia **nihilista** (la creencia en la falta de valor) como resultado de la estimación de valor moral: —**lo egoísta nos produce aversión** (hasta después del conocimiento de la imposibilidad de lo enegoísta); —**lo necesario nos produce aversión** (hasta después del conocimiento de la imposibilidad de un liberum arbitrium y de una “*libertad inteligible*”). Vemos que no alcanzamos la esfera adonde hemos puesto nuestros valores —con esto no ha ganado, **aún de ninguna manera**, en valor, la otra esfera en la cual vivimos; al contrario, estamos cansados, porque hemos perdido el impulso principal. “*¡En vano hasta ahora!* ”. (“*La voluntad de poder*”. af. 8).

El pesimismo como forma previa del nihilismo. (“*La voluntad de poder*”. af. 9).

A/— El pesimismo como fuerza —¿dónde? en la energía de su lógica, como anarquismo y nihilismo, como analítica.

B/— El pesimismo como decadencia —¿dónde? como enternecimiento, como adaptación (Anfühler) cosmopolita, como “*tout comprende*” e historicismo.

La tensión crítica : los extremos aparecen y se manifiestan con preponderancia. (“*La voluntad de poder*”. af. 10).

La lógica del pesimismo hasta el último nihilismo: ¿qué impulsa ahí?

—Concepto de la **falta de valor**, de la **falta de sentido**: hasta qué punto se hallan valoraciones morales detrás de todos los demás altos valores.

— Resultado : **los juicios morales de valor son condenaciones, negaciones; la moral es el volver la espalda a la voluntad** de la existencia... (“*La voluntad de poder*”. af. 11).

“Caída de los valores cosmológicos”.

A

El **nihilismo** como **estado psicológico** tendrá que realizarse, primero, cuando hayamos buscado un ‘*sentido*’ en todo suceder, el cual no está en ello: de tal manera que el que busca finalmente se desanima. Nihilismo es entonces el llegar a estar consciente, de un largo **despilfarro** de fuerza, la pena del ‘*en vano*’, la inseguridad, la falta de oportunidad de rehacerse de cualquier modo, de tranquilizarse aún sobre cualquier cosa —la vergüenza ante sí mismo, como si hubiéramos estado demasiado tiempo engañados... Aquel sentido podría haber sido: el ‘*cumplimiento*’ de un elevado canon moral en todo suceder, el orden moral del mundo; o al aumento del amor y de la armonía entre los seres; o el acercamiento a un estado universal de felicidad; o hasta el ponerse en marcha hacia un estado de nada universal —una meta es siempre todavía un sentido. Lo común a todos estos tipos de representación es, que algo debe ser **alcanzado** a través del proceso mismo: —y entonces se comprende, que con el devenir **nada** se obtiene, **nada** se alcanza... Así el **desengaño** sobre un presunto **fin del devenir** como causa del nihilismo; sea respecto a un fin completamente determinado, sea, generalizado el conocimiento de lo insuficiente de todas las hasta ahora hipótesis de fines, las cuales conciernen al ‘*desarrollo*’ total (—el hombre **no más** colaborador, menos aún el punto central del devenir).

El nihilismo como estado psicológico se realiza **segundo**, cuando se ha puesto una **totalidad**, una **sistematización**, incluso una **organización** en todo suceder y bajo todo suceder: de modo que el alma sedienta de admiración y respeto se abandona al goce de una más elevada forma de dominio y administración (es el alma de un lógico si basta la absoluta consecuencia y la dialéctica real para reconciliarse con todo...) Una clase de unidad, cualquiera forma de “*Monismo*”: y a consecuencia de esta creencia el hombre en profundo sentimiento de conexión y dependencia de un todo que le es infinitamente superior, un **modus** de la divinidad... ‘*El bien de lo general exige el abandono de la particular*’... ¡Ahora bien, no existe semejante general (universal)! En el fondo el hombre ha perdido la creencia en su valor cuando no actúa en él un todo infinitamente valioso; esto significa: él ha concebido un todo semejante **para poder creer en su valor**.

El nihilismo como estado psicológico tiene todavía una **tercera y última** forma. Dados estos dos conocimientos: que con el devenir nada se ha de obtener y que ninguna gran unidad impera bajo todo devenir, en la cual le sea permitido al individuo desaparecer completamente como en un elemento del más alto valor: entonces queda el **subterfugio** de condenar todo este mundo del devenir como ilusión e inventar un mundo que yace más allá del mismo como mundo **verdadero**. Pero luego que descubre como este mundo está construido sólo desde necesidades psicológicas y, como él no tiene para ello absolutamente ningún derecho, nace así la última forma del nihilismo, la cual contiene la **incredulidad en un mundo metafísico** —que se prohíbe la creencia en un mundo **verdadero**. En este punto de vista se admite la realidad del devenir como la **única** realidad, se prohíbe toda clase de rodeo al mundo del más allá y a falsas divinidades —pero **no se soporta este mundo que no se lo quiere ya negar...**

¿Qué ha sucedido en el fondo? El sentimiento de la **falta de valor** (Wertlosigkeit) fué obtenido cuando se comprendió que no se puede llegar a interpretar el carácter total de la existencia ni con el concepto ‘*fin*’, ni con el concepto ‘*unidad*’, ni con el concepto ‘*verdad*’. Con eso nada se obtiene y nada se alcanza; falta la unidad abaricante de la multiplicidad del suceder: el carácter de la existencia no es ‘*verdadero*’, es **falso**... ya no se tiene absolutamente razón para procurar persuadirse de un mundo **verdadero**... En una palabra: las categorías ‘*fin*’, ‘*unidad*’, ‘*ser*’, con las cuales le hemos impuesto un valor al mundo, han sido nuevamente **sacadas** por nosotros —y ahora parece el mundo **sin valor**.

B

Puesto que hemos reconocido hasta qué punto el mundo, ya no puede ser **interpretado** con estas **tres** categorías y que según este conociendo el mundo

comienza para nosotros a resultar sin valor; debemos entonces preguntar **de dónde** proviene nuestra creencia en estas tres categorías. ¡Tratemos, si no es posible, de derogar la creencia en ellas! . Cuando **desvalorizamos** estas tres categorías, entonces, la prueba de su inaplicabilidad al universo no es más razón para **desvalorizar al universo**.

— Resultado: **la creencia en las categorías de la razón es la causa del nihilismo** —hemos medido el valor del mundo por categorías **las cuales se refieren a un mundo absolutamente ficticio**.

Resultado final: **todos los valores con los cuales hasta ahora hemos buscado primeramente hacernos estimable el mundo y finalmente por eso mismo lo hemos desvalorizado**, en cuanto se han mostrado inaplicables —son todos ellos calculados psicológicamente resultados de determinadas perspectivas de utilidad para el mantenimiento y aumento de formaciones de dominación humanas: y sólo falsamente **proyectadas** en la esencia de las cosas. Es siempre, pues, la **hiperbólica ingenuidad** del hombre de ponerse a sí mismo como sentido y medida de valor de las cosas. (“*La voluntad de poder*”. af. 12).

El nihilismo representa un **estado patológico intermedio** (—patológico es la monstruosa generalización, la conclusión hacia ningún sentido —) sea que las fuerzas productivas no son aún bastante fuertes, —sea que la decadencia aún vacila y sus medios no han sido inventados aún.

Supuesto de esta hipótesis: que no existe **ninguna verdad** que no existe ninguna condición (Beschaffenheit) absoluta de las cosas, que no existe ninguna **“cosa en sí”**. —**Esto es solamente nihilismo, y a decir verdad, el más extremo**. Pone el valor de la cosa, justamente en que a estos valores no corresponden y no correspondió ninguna realidad, sino que sólo son un síntoma de fuerza de parte del **valorante**, una simplificación para la **finalidad de la vida**. (“*La voluntad de poder*”. af. 13).

Los valores y su cambio están en relación con el **crecimiento del poder del valorante**.

La medida de la **no —creencia**, de la admitida **“libertad del espíritu”**, como **expresión del crecimiento de poder**.

“Nihilismo” como ideal del **supremo poderío** del espíritu, de la vida más rica, a veces destructora, a veces irónica. (“*La voluntad de poder*”. af. 14).

¿Qué es una creencia? ¿Cómo nace? . Toda creencia es un **tener-por-verdadero**.

La forma más extrema del nihilismo sería la comprensión (Einsicht) que toda **creencia**, todo tener —por —verdadero es necesariamente falso: porque no existe de ningún modo un **mundo verdadero**. Así: una apariencia **perspectivista**, cuya procedencia estriba en nosotros (en tanto que **necesitamos** continuamente un mundo estrecho, esforzado, simplificado).

— Que es la **medida de la fuerza**, cuánto nos podemos confesar la **apariencia** (Scheinbarkeit), la necesidad de la mentira, sin perecer.

Hasta aquí nihilismo podría ser, como **negación** de un mundo verídico, de un ser, un **modo divino de pensar**. (“*La voluntad de poder*”. af. 15).

Si somos unos “*desengañados*” no lo somos respecto a la vida: sino que se nos han abierto los ojos sobre las “*deseabilidades (Wünschbarkeiten)*” de todo tipo. Observamos con rabia burlona lo que se llama “*ideal*”: nos despreciamos sólo por ésto, por no poder contener a toda hora aquel impulso que se llama “*idealismo*”. El mal **acostumbramiento** (Verwöhnung) es más fuerte que la rabia del **desengaño**. (“*La voluntad de poder*”. af. 16).

El signo más general de la Epoca Moderna: El hombre ha perdido ante sus propios ojos increíblemente en dignidad. Largo tiempo como punto central y héroe trágico de la existencia en general; entonces al menos procura demostrarse emparentado a las partes más decisivas y en sí valiosas de la existencia como hacen todos los metafísicos que quieren mantener la **dignidad del hombre**, con su creencia de que los valores morales son valores cardinales. Quien abandonó a Dios, se aferra tanto más estrictamente a la creencia en la moral. (“*La voluntad de poder*”. af. 18).

Toda mera posición **moral** de valor (como por ej. la budista) **termina en nihilismo**: iesto es de esperar para Europa! . Se cree tener bastante con un moralismo sin fondo religioso: pero con esto es necesario el camino al nihilismo. En la religión falta la obligación de considerarnos como valorantes. (“*La voluntad de poder*”. af. 19).

La pregunta del nihilismo “¿para qué?” parte de la hasta ahora habituación, en virtud de la cual, la meta parecía fijada, dada, exigida **desde afuera** —a decir verdad, a través de alguna **autoridad sobrehumana**. Después que uno ha perdido la creencia en ella, se busca sin embargo según la antigua habituación **otra** autoridad que **sepa hablar absolutamente y pueda ordenar** metas y deberes; la autoridad de la **conciencia** se coloca ahora en primera línea (mientras más se emancipa la moral de la teología, más imperativa llega a ser) como indemnización de una autoridad **personal**. O la autoridad de la **razón**. O el **instinto social** (el rebaño). O la historia con un espíritu inmanente, la cual tiene en sí su meta y a la cual nos podemos abandonar. Se desearía **poder evitar la voluntad**, evitar el **querer** una meta, evitar el riesgo de darse a sí mismo una meta, se desearía quitarse la responsabilidad (—se aceptaría el fatalismo). Finalmente: la felicidad y, con alguna tarifiería, la **felicidad de la mayoría**.

Uno se dice:

- 1.— una meta determinada no es de ningún modo necesaria.
- 2.— no es en ningún modo de prever.

Justamente ahora, donde la **voluntad** sería **necesaria** en la **fuerza suprema**, es lo **más débil** y lo **más pusilánime**. **Absoluta desconfianza de la fuerza organizadora de la voluntad para el todo**. (“*La voluntad de poder*”. af. 20).

Nihilismo. El es **ambiguo**:

- A/— Nihilismo como signo del **aumentado poder del espíritu**: el nihilismo **activo**.
- B/— Nihilismo como **decadencia y descenso del poder del espíritu**: el nihilismo **pasivo**. (“*La voluntad de poder*”. af. 22).

El nihilismo un estado **normal**.

Puede ser un signo de fuerza (*Stärke*); el vigor (*Kraft*) del espíritu puede estar tan acrecentado, que las **hasta ahora metas** (“*convicciones*”, artículos de fé) le son inconvenientes (—:una creencia expresa, por lo general, a saber —la coacción de **condiciones de existencia**, la sumisión a la autoridad de las circunstancias bajo las cuales un ser se desarrolla, crece y **gana poder**...); por otro lado, un signo de vigor insuficiente para ponerse, también ahora, **en forma productiva** una meta, un por qué, una creencia.

Alcanza su **máximum** de fuerza relativa como fuerza violenta de **destruc-**

ción: como nihilismo activo.

Su contrario sería el nihilismo **fatigado** que ya no ataca; su forma más famosa: el Budismo, como nihilismo **pasivo**, como un signo de debilidad: el vigor del espíritu puede estar fatigado, **agotado**, de modo que las hasta ahora metas y valores sean inconvenientes y ya no encuentren ninguna creencia —, que la síntesis de valores y metas (en que se basa toda cultura vigorosa) se disuelva, de manera que los valores aislados se hacen la guerra: **disgregación** —, que todo lo que alivía, cura, calma, aturde, se coloca en primer plano bajo diferentes **disfraces**, religiosos, o morales, o políticos, o estéticos, etc. (“*La voluntad de poder*”. af. 23).

El nihilismo no es solamente un modo de contemplación (Betrachtsamkeit: contemplatividad) sobre el “*¡en vano!*”, y no es sólo la creencia en que todo merece perecer: se pone manos a la obra, arruina... Esto es, si quiere, **ilógico**: pero el nihilista no cree en la necesidad de ser lógico... Siendo la condición de espíritus y voluntades fuertes, no le es posible permanecer en el No “*del juicio*”: el **No de la acción** procede de su naturaleza. A la nadificación (Ver —Nichtsung) por medio del juicio secunda la nadificación a través de la mano. (“*La voluntad de poder*”. af. 24).

El nihilismo **incompleto**, sus formas: vivimos en medio de ello. Los intentos de escapar al nihilismo sin transmutar los valores que llegan hasta ahora: producen lo contrario, agravan el problema. (“*La voluntad de poder*”. af. 28).

El nihilista, en cuanto filósofo, está persuadido de que todo suceder es absurdo y vano; y de que no debería haber ningún ser absurdo y vano. Pero ¿de dónde viene este: ¿no debería? . ¿De dónde se toma **este “sentido”**, **esta** medida? . El nihilista piensa en el fondo que la mirada a tal ser vacío e inútil produce en el filósofo un efecto de **insatisfacción**, de vacío y de desesperación. Un conocimiento tal contradice nuestra más sutil sensibilidad de filósofos. Se va a parar a la absurda valoración: **el carácter de la existencia tendría que darle en el gusto al filósofo**, si ella ha de subsistir...

Ahora es fácil de comprender que el gusto y el desagrado dentro del suceder sólo pueden tener el sentido de **medios**; sólo quedaría por preguntar si, en general, **podríamos** ver el “*sentido*”, el “*fin*”, si no será para nosotros insoluble la pregunta por la falta de sentido o de su contrario. (“*La voluntad de poder*”. af. 36).

Evolución del **pesimismo al nihilismo**.- Desnaturalización de los valores. Escolástica de los valores. Los valores, desprendidos e idealizados, en lugar de dominar y guiar la acción, se vuelven contra la acción condenándola.

Oposiciones puestas en lugar de los grados y rangos naturales. Odio a la jerarquía. Las oposiciones están en conformidad con una época plebeya, porque son fácilmente **comprensibles**.

El mundo **reprobado** ante un mundo “*verdadero, valioso*” construido artificialmente. Finalmente: se descubre con qué materiales se ha construido el “*mundo verdadero*”, y ahora sólo queda el mundo reprobado y **se pone aquella suprema desilusión a cuenta de su bajeza**: (*Werwenflichkeit*).

De este modo ha llegado el nihilismo: se han conservado los valores que juzgan y nada más!

Aquí se origina el **problema de la fuerza y de la debilidad**:

- 1.- Los débiles se rompen aquí;
- 2.- Los fuertes destruyen lo que no se rompe;
- 3.- Los más fuertes superan los valores que juzgan.

Todo esto en conjunto constituye la edad trágica. (“*La voluntad de poder*”. af. 37).

La crisis: nihilismo y pensamiento del retorno.

Las posiciones extremas no son substituídas por otras más moderadas, sino al contrario por posiciones extremas, pero **invertidas**. Y así, la creencia en la absoluta inmoralidad de la naturaleza, en la falta de meta y de sentido, resulta ser el **afecto** psicológicamente necesario, cuando la creencia en Dios y un orden esencialmente moral ya no se pueden sostener. El nihilismo aparece ahora, no porque el desagrado de la existencia sea mayor que antes, sino porque en general, se ha llegado a desconfiar de que haya un “*sentido*” en el mal y aún en la existencia. Se arruinó una interpretación, pero porque pasaba por la interpretación, parece como si no hubiera ningún sentido en la existencia y como si todo fuera **en vano**.

Queda por probar que este **ien vano!** es el carácter de nuestro nihilismo actual. La desconfianza frente a nuestras estimaciones anteriores aumenta hasta llegar a la pregunta: “*¿No son todos los ‘valores’ medios de seducción con los cuales se prolonga la comedia pero sin que se llegue a un desenlace?*”. La **duración** con un “*en vano*” sin meta ni fin es el pensamiento más paralizador, sobre todo cuando se comprende que se ha sido engañado y, sin embargo, se está sin fuerza para no dejarse engañar.

Pensemos este pensamiento en su forma más terrible: la existencia tal cual es, sin sentido y sin meta, pero volviendo inevitablemente, sin un final en la nada: “**el eterno retorno**”.

Esto es la forma más extrema del nihilismo: *la nada* (lo “*sin sentido*”) eterna! .

Forma europea del budismo: la energía del saber y de la fuerza, constriñen a semejante creencia. Es la **más científica** de todas las hipótesis posibles. Negamos las metas finales: si la existencia tuviera una, ésta tendría que haberse alcanzado.

Se comprende que aquí se aspira a un antagonismo con el panteísmo: pues que sea “*todo perfecto, divino, eterno*” constriñe **así mismo a una creencia en el “eterno retorno”**. Pregunta: ¿con la moral se ha hecho también imposible esta posición panteísta afirmativa frente a todas las cosas? . En el fondo sólo el Dios moral ha sido superado. ¿Tiene un sentido imaginarse un Dios “*más allá del bien y del mal*”? ¿Sería posible un panteísmo en **este** sentido? ¿Quitamos la idea de fin del proceso y afirmamos no obstante el proceso? . Este sería el caso si algo fuera **alcanzado** dentro de ese proceso en cada momento de él, y si esto alcanzado fuera siempre lo mismo. Spinoza logró una posición afirmativa semejante, en tanto que cada momento tiene una necesidad lógica: y él triunfaba sobre tal condición del mundo por medio de su instinto lógico fundamental.

Pero su caso es sólo un caso particular. **Todo rasgo fundamental** que sirve de base a **todos** los sucesos, que se expresa en todos los sucesos, debería —si fuera experimentado por un individuo como su rasgo fundamental —, incitar a este individuo a aprobar triunfante cada momento de la existencia universal. Se trataría precisamente de ésto: que se experimente en uno mismo placenteramente este rasgo fundamental como bueno y valioso.

Ahora bien, la **moral** ha protegido la vida contra la desesperación y el salto en la nada, de aquellos hombres y estamentos violentados y oprimidos por otros **hombres**: pues la impotencia frente a los hombres y **no** la impotencia frente a la naturaleza es lo que provoca la más desesperada amargura frente a la existencia. La moral ha tratado como enemigos a los hombres soberanos, violentos, a los “*señores*” en general, contra los cuales el hombre común tenía que ser protegido, **es decir, en primer lugar alentado, fortalecido**. La moral, por consiguiente ha enseñado a **odiar y despreciar** en lo más hondo lo que es el rasgo fundamental de los dominadores: **su voluntad de poder**. Abolir, negar, descomponer esta moral: esto sería mirar el instinto más odiado con un sentimiento y una valoración inversa. Si el que sufre, el oprimido, **perdiera la creencia** de que tiene **derecho** a su desprecio de la voluntad de poder, entraría en la fase de la desesperación más

extrema. Este sería el caso, si este rasgo fuera esencial a la vida; si se probara que incluso en aquella voluntad moral está encubierta esta "*voluntad de poder*", que también aquel odiar y despreciar es aún voluntad de poder. El oprimido reconocería que está en el mismo terreno que el opresor y que no tiene ningún privilegio ni rango superior ante aquel.

¡Más bien al contrario! Nada hay en la vida que tenga valor salvo el grado de poder, suponiendo que la vida misma sea la **voluntad de poder**. La moral resguardaba del nihilismo a los **desheredados** (1), al conceder a todo hombre un valor infinito, un valor metafísico e incorporándolo a un orden que no está acorde con el poder y la jerarquía mundanos: enseñaba la sumisión, la humildad, etc. **Suponiendo que la creencia en esta moral muera**, los desheredados ya no tendrían consuelo y **perecerían**.

El **parecer** se presenta como un **perderse**, como una selección instintiva de aquello que tiene que **destruir**. **Síntomas** de esta autodestrucción de los desheredados: la autovivisección, la intoxicación, la embriaguez, el romanticismo, sobre todo la coacción instintiva a acciones que hacen poderosos a los **enemigos mortales** (criándose, en cierto modo, sus propios verdugos), la **voluntad de destrucción** como voluntad de un instinto más profundo aún, del instinto de autodestrucción, de la **voluntad de la nada**.

El nihilismo como síntoma de que los desheredados ya no tiene consuelo: que destruyen para ser destruídos, que separados de la moral ya no tienen ninguna razón para "*resignarse*"; que se colocan en el terreno del principio opuesto y, por su parte, también **quieren poder**, **forzando** a los poderosos a ser sus verdugos. Esta es la forma europea del budismo, la **negación activa**, después que toda la existencia ha perdido su "*sentido*".

No es que la "*penuria*" (die "*Not*") haya aumentado: ¡al contrario! "*Dios, la moral, la resignación*" eran remedios a un terrible grado de miseria: el **nihilismo activo** se presenta en circunstancias relativamente mucho más favorables. Que se sienta la moral como superada supone un grado bastante grande de cultura intelectual; ésta supone por otra parte una vida relativamente holgada. Una cierta fatiga intelectual que mediante la larga lucha de opiniones filosóficas conduce hasta el más desesperado escepticismo frente a la filosofía, caracteriza también el nivel de ninguna manera **bajo** de estos nihilistas. Recuérdesse la situa-

(1) die Schlechtweggekommenen: hemos traducido este término por "desheredados" (que ya se ha usado en traducciones castellanas y francesas), por no encontrar otra traducción mejor. "Schlechtweggekommenen", tienen el sentido de: "los que han recibido la peor parte", lo que también decimos en español: "los dejados de la mano de Dios". Esto, como aclarará Nietzsche más adelante, no hay que entenderlo en sentido político, sino "fisiológico".

ción en que se presenta Buda. La doctrina del eterno retorno tendría supuestos **eruditos** (como los tenía la doctrina de Buda, por ej., la noción de causalidad, etc.)

¿Qué significa ahora “*desheredado*”? Ante todo tiene un sentido **fisiológico** y ya no político. La especie de hombres más **malsana** en Europa (en todos los estamentos) es el terreno de este nihilismo: ellos experimentarán la creencia en el eterno retorno como una **maldición**; que cuando se es alcanzado por ella ya no se retrocede ante ninguna acción; no se extinguirán pasivamente, sino que **harán** extinguirse a lo que en este grado está sin sentido y sin meta; aún cuando es sólo una convulsión, un furor ciego ante la convicción de que todo existía desde la eternidad, también este momento de nihilismo y este placer de destrucción. El **valor** de una crisis tal es que **purifica**, que concentra a los elementos semejantes y los hace que se destruyan recíprocamente; que asigna a los hombres de modos de pensar opuestos tareas comunes —sacando también a la luz a los más débiles, a inseguros entre ellos y de tal manera, da el impulso para una **jerarquía de la fuerza** desde el punto de vista de la salud: reconociendo a los que mandan como los que mandan y a los que obedecen como los que obedecen. Naturalmente aparte de todo orden social existente.

¿Quiénes se mostraran, no obstante, como los **más fuertes**? Los más moderados, aquellos que no necesitan ningún dogma extremo, aquellos que no sólo conceden sino que aman una gran parte de azar, de absurdo; aquellos que pueden pensar en el hombre reduciendo considerablemente su valor sin por ello empequeñecerse ni debilitarse: los más ricos en salud, que están a la altura de la mayor desgracia y por eso no tienen miedo a la desgracia. Hombres que **están seguros de su poder** y representan con orgullo consciente la fuerza alcanzada por el hombre.

¿Como pensaría un hombre semejante en el eterno retorno?

¿Como pensaría un hombre semejante en el eterno retorno? (“*La voluntad de poder*”, af. 55).

Un modo de pensar y una doctrina pesimista, un nihilismo extático pueden, en ciertas circunstancias, ser indispensables al filósofo como una presión más potente y un martillo con el cual despedaza a razas en degeneración y moribundas; sacándolas del camino para abrir vía a un nuevo orden de vida o para inspirar el deseo del fin a lo que degenera y quiere morir. (“*La voluntad de poder*”, af. 1055).

Los príncipes europeos deberían en realidad reflexionar si pueden pasar-

se sin nuestro apoyo. Nosotros inmoralistas somos hoy día el único poder que no necesita aliados para obtener la victoria: por eso somos con mucho los más fuertes entre los fuertes. No necesitamos ni siquiera la mentira: ¿qué poder podría por lo demás pasarse sin ella? Una fuerte seducción combate por nosotros, la más fuerte que existe tal vez: la seducción de la verdad... ¿De la "verdad"? ¿Quién me pone esta palabra en la boca? Pero la retiro, yo desprecio esta orgullosa palabra; no tampoco la necesitamos, aún sin la verdad nosotros llegaríamos al poder y a la victoria. El encanto que combate por nosotros, el ojo de Venus, que cautiva y ciega incluso a nuestros adversarios es la magia de lo extremo, la seducción que ejerce todo lo extremo: nosotros inmoralistas —somos los extremos. (*La voluntad de poder*". af. 749).